

## 21. La juventud no es el ideal de la vida

A la luz de lo que decía ayer, me gustaría dedicar los últimos dos Capítulos a la concepción que San Benito tenía de la juventud, para terminar este curso abriéndonos también juntos al cuidado de los jóvenes, de su fe y de su vocación, que la Iglesia tratará en el próximo Sínodo de los Obispos.

¿Cómo consideró San Benito a la juventud, a los jóvenes? Es interesante notar que, en la Regla, el término "*iuvenis* – joven" aparece sólo una vez, cuando se dice que, a los jóvenes, hay que concederles raramente tomar un baño (RB 36,8). Nunca se usa el término "*iuventus* – juventud". En cambio, San Benito usa a menudo el comparativo de "*iuvenis*": "*iunior*". Me parece que esto significa que para Benito, y tal vez en la época y en la cultura en la que vivía, la edad del hombre nunca se consideraba de forma absoluta, como conceptos en sí mismos, sino siempre en relación con otros grupos de edad, y, por lo tanto, la juventud se define en relación con la madurez y la vejez. Uno no es "joven" en sí mismo, sino "más joven" que quien es mayor. Esto también se aplica a los ancianos: en la Regla, se encuentra sobre todo el término "*senior* – más anciano", mientras que el término "*senex* - anciano" se usa sólo tres veces.

Pero, independientemente del estudio del vocabulario, me parece bastante evidente que el ideal humano, según San Benito, no es la juventud, sino la vejez. Del conjunto de la Regla se deduce que el hombre ideal, el monje ideal, no es el joven, sino el anciano. En el capítulo 4, sobre los instrumentos de las buenas obras, es significativo que San Benito pide "venerar a los ancianos – *seniores venerare*" y "amar a los jóvenes – *iuniores diligere*" (RB 4,70-71). Los jóvenes deben ser amados porque necesitan afecto para crecer, un afecto misericordioso por su inmadurez y fragilidad. Pero al pedir "venerar" a los mayores, San Benito deja claro que ve en los ancianos un valor que debe ser respetado. No se trata en primer lugar de amarlos porque sus fuerzas decaen y se hacen cada vez más frágiles, sino de ver en ellos como un tesoro donde acudir, como un modelo precioso y sagrado que los más jóvenes deben mirar y prestar atención.

Por eso, cuando en la Regla un joven es valorado, por ejemplo, cuando se dice que hay que llamar a todos los hermanos a consejo "porque a menudo el Señor revela a los más jóvenes la mejor decisión" (RB 3,3), o cuando dice que puede ser elegido abad incluso el último en el orden de la comunidad (cfr. 64,2), no es tanto su juventud la que se valora, sino el hecho de que, aunque sean jóvenes, poseen un consejo o sabiduría como la de los ancianos, como dice la Biblia sobre Samuel, Daniel o el joven Salomón.

Nosotros, al menos en Occidente, vivimos en una cultura en la que la juventud se presenta como la edad o la condición que tiene valor, y en cambio el envejecimiento se considera una pérdida progresiva de valor. Porque el valor máspreciado para la sociedad occidental, y para la cultura globalizada de los medios, es lo externo, la apariencia, la fuerza y la belleza física, lo instintivo. Por esto, la cultura dominante presenta como un ideal los sentimientos de inestabilidad o

inseguridad que los jóvenes viven realmente de forma dramática, incluso con sufrimiento. Por eso, los medios de comunicación, las películas, los anuncios proponen esencialmente modelos de adultos que hacen de adolescentes, que están contentos de ser y mostrarse inmaduros. En cambio, en los verdaderos adolescentes, la inmadurez en las relaciones, en el conocimiento, en el juicio, es en realidad un drama, una condición llena de tensiones, de necesidad de ser ayudados y acompañados. La verdadera crisis de hoy no está en los jóvenes, sino en los adultos, o en quienes deberían serlo.

En las culturas donde los ancianos son venerados y donde el anciano es "venerable", esto es, digno de ser mirado como un modelo de madurez humana, interior, en estas culturas también la juventud puede ser vivida mejor, porque no debe avergonzarse de ser inmadura, de tener que crecer. Donde la ancianidad, la madurez, es un valor, la juventud puede ser realmente vivida, y vivida como una aventura, como una apertura a un valor de uno mismo y a todo lo que está por delante, y hacia lo que se está feliz por llegar y progresar. El Papa Francisco tiene razón de evocar constantemente el valor de los abuelos para el bien de las familias, porque en la relación con los mayores, los niños y los jóvenes encuentran su lugar, y ven que su dinamismo espiritual y físico está dirigido a una belleza que no es aquella que pasa, sino la profunda belleza del corazón. El joven, en contacto con los ancianos, tiene la prueba de que todas las inseguridades psicológicas, intelectuales, afectivas, relativas a su edad, tienen un horizonte, son como los arroyos de montaña, bien turbulentos, porque van con energía hacia la inmensidad profunda del mar.

Es por esto por lo que nunca nos preocupamos más de los jóvenes que cuando nos preocupamos por valorar a los ancianos y crear comunión entre los jóvenes y ellos.

En esto, como en muchas otras áreas, la Regla de San Benito puede ser un fermento de renovación cultural y social de la que el mundo de hoy tiene una necesidad vital. Se podría decir que la contribución de San Benito, que es la contribución cristiana, pero que también encontramos en otras tradiciones religiosas, es la de ofrecernos un ideal de juventud iluminado por el ideal de la vejez. No en vano, San Gregorio Magno comienza a describir a San Benito como "un hombre de vida venerable (...) que tenía desde la infancia el corazón de un anciano – *ab ipso pueritiae suae tempore cor gerens senile*" (*Diálogos* II, Pról.).

En el capítulo 63 de la Regla, que trata del orden que debe mantenerse en la comunidad, el tema es básicamente el de la relación entre las personas más jóvenes y las personas mayores. En primer lugar, San Benito dice que la antigüedad en la comunidad no depende tanto de la edad, sino del tiempo vivido para seguir la propia vocación. Aquellos que ingresaron primero en el monasterio son mayores que aquellos que ingresaron más tarde, incluso si son más jóvenes. Esto supone que la vida en un monasterio sea un tiempo de maduración constante, y que la experiencia de la vida monástica debería hacer crecer a las personas.

Es aquí donde San Benito recuerda el ejemplo de los jóvenes más maduros que los ancianos, como "Samuel y Daniel, que todavía niños, juzgaron a los ancianos" (RB 63,6, cfr. 1 Sam 3 y Dan 13).

San Benito otorga al abad el derecho de hacer excepciones, de hacer avanzar en el rango comunitario a aquellos que, con un juicio bien fundado, considere más maduros. Está claro que no todos los mayores son necesariamente más maduros que los más jóvenes; lo vemos, desafortunadamente, en todas las comunidades. Hay monjes y monjas adultos y ancianos que no han madurado en el valor de su experiencia, y por eso, a pesar de que no deben ser faltados al respeto por su edad, la "veneración" que exige la Regla para ellos, incluso estando llena de caridad, no deja de ser sólo formal, sin contenido, pues ni emerge ni irradia el valor sagrado de la persona.

Pero San Benito es optimista, por lo que repite: "los más jóvenes deben honrar a los más ancianos, y los mayores amen a los más jóvenes - *iuniores igitur priores suos honorent; priores minores suos diligent*" (RB 63,10). Sabe que incluso los más ancianos pueden llegar a ser más dignos de veneración si se encuentran animados por las expectativas que los más jóvenes tienen hacia ellos.